

minando. Yo sé de hombres que muertos de manera repentina, vieron poco antes cosas extraordinarias: era que estaban habitados ya de la muerte, era que andaban ya en otro mundo, y apenas les quedó tiempo para contar sus visiones.

—¿Por qué permiten, dijo un día Checú Cueto, que Hono ande a estas horas en el monte?

Checú era un hombre incapaz de miedo, incapaz de una mentira. Y corrimos todos a comprobar que Hono dormía tranquilamente en su hamaca.

—Pero yo lo vi, dijo el hombre.

A los cuatro días Checú Cueto murió. Era que la muerte reinaba en él desde el día en que apareció enfermo.

Nada de esto que oí día con día me produjo sino un pasajero escalofrío, un momentáneo terror. Lo que me espantó cuando niño fué Dios. Al diablo hasta creí verlo, sentado al pie del monte, o huyendo entre el monte, apartando las ramas con las manos, o arriando ganado, imitando las tonadas vaqueras. A los duentes, que ahora sé que eran liebres, desfiguradas por las sombras y las supersticiones, los he perseguido a caballo junto al mar, entre yerbales, puestas casi en sus patas traseras, blancas para mayor aumentar su estatura, para mejor acercarse a la conseja de que son hombrécitos con pantalones blancos. Pero nada de eso me espantó. Antes de los doce años, pude atravesar tranquilamente atrios, cementerios y panteones. Lo que me espantó fué Dios. Pero no me espantó el Dios que yo oía que vivía en el cielo, que imaginaba gigantesco, de grandes barbas blancas y solemnes, topoderoso; no el Dios creador del cielo y de la tierra, ni siquiera el Dios implacable del diluvio, sino un Dios sólo mencionado, sólo leído su nombre en una imagen que mi madre tenía en el rancho: una Divina Providencia que reinaba en un altar. Imagen tan milagrosa que en todo tenía potestad: curaba toda índole de enfermedades, devolvía a los chiqueros los cerdos extraviados, a los corrales las reses robadas o desaparecidas. Era una estampa que tenía a Dios en el centro y al lado distintas escenas y leyendas verdaderamente escalofrantes. Las escenas representaban la muerte de un justo, la muerte de un pecador, entre otras barbaridades. Y a los lados, textos que advertían que Dios lo ve todo, lo sabe todo, lo oye todo. ¿Por qué, me he preguntado ahora que soy hombre, que soy incrédulo, que no tengo la más mínima preocupación religiosa, la Iglesia cultiva con tanto esmero la conciencia del pecado? Lo hace, me he dicho, para sobrevivir, porque sin eso, ¿podría señorear sobre las conciencias?

—Pobres son los diablos, porque no ven la cara de Dios, decía el viejo Vale, criado de mi casa. Pero era el caso que nosotros tampoco lo veíamos, aunque sí sus obras: sus grandes puestas de sol, sus noches de plenilunio, igualitas al día, salvo que la luna no caliente. Si Dios lo veía todo, lo sabía todo, si lo oía todo, ¿dónde podría uno ir que no lo persiguiera? A este Dios debo no haber padecido placeres solitarios, no haber mentido, obedecer y respetar a mi madre, que era su imagen por su rigor, por su sentido de la justicia, por implacable cuando había llegado la hora de castigar. Muy niño, tuve conocimiento de la mujer, lo que nunca, en ninguna circunstancia, creí un pecado en fuerza de ver engendrar a animales y gentes, que sin embargo, seguían creyentes, piadosos y protegi-

dos de Dios. Tenía también parientes y prójimos que blasfemaban, que se volvían contra Dios a las primeras adversidades, en los mínimos momentos de dificultad. Tomás Dávalos, un soldado federal que por mi tierra se quedó al venir la Revolución, usaba una retahíla de maldiciones y blasfemias que en fuerza de oírlo, sin que un rayo lo partiera, acabó por atenuar mis temores. Un día, oyéndolo renegar de su propia madre, le dije:

—Tomasito, tú, cuando te enojas, hasta de tu madre reniegas...

Teodoro Morales, mi tío carnal, a quien tratábamos con el diminutivo de *Dooyo*, tenía en su altar a un San Rafael. Siempre que salíamos a campear, esto es, a recorrer parajes, sesteaderos y reparos del ganado, o a lazar ganado arisco o cimarrón, faenas que entrañan peligro, se acercaba al altar y decía en voz alta, entre mentiras y veras: "San Rafael, protégeme, porque yo soy tu padre".

Y como nunca murió en las demandas, acabé por superar la presencia de la Divina Providencia de mi casa, más que mi sombra, fiel.

Pero ¿cómo y cuándo logré salir de aquella cárcel? No lo sé. Lo cierto es que un día, ya hombrécito, tras un rudo batallar, me supe actor de mi propia vida. Sin ser un pecador, sino por el contrario un temeroso de Dios, me costaba sudor y lágrimas todo lo que iba alcanzando. A altas horas de la noche, perdido en inmensas soledades, prieto el corazón de sufrimiento, veía de pronto formarse en el cielo una nube y crecer, crecer, comenzar a correr un viento oloroso a tierra mojada, oír un trueno gigante desgarrar las entrañas de la noche y desatarse la lluvia inmisericorde. Y ahí era padecer frío, esquivar con rezos y signos de la cruz las descargas eléctricas. O bien un asaltante o un revolucionario, solicitar la cabalgadura y dejarlo a uno —un niño apenas— a pie veinte leguas de su casa. Seguí vivo, es cierto; pero sin que alguien ayudara en ello. Y el temor de Dios se me fué yendo. En los peligros, que yo supuse los mayores, solía retornar su nombre, su imagen. Me encomendaba a él, pero ponía todo lo que estaba de mi parte para superarlos. En la muerte nunca pensé, sino hasta ahora poco. Morir no era, pues, un problema. Lo que era un problema era la vida, que la sabía en orden. Morir nunca me espantó; lo que me espantó, cuando fuí dejando de creer, era el castigo que me estaba reservado. Veía la escena de la muerte del pecador, de su llegada al infierno en medio de llamas. ¡Oh Dios, cómo me atormentaste!

Nuestra fe, nuestra vida ordenada, no bastó para que llegáramos a lo más grande de las miserias. Abandonamos el rancho. Y al irnos, dejamos en el altar a la imagen de la Divina Providencia

De vez en cuando, camino de un rancho más lejano donde trasladamos nuestros pocos intereses, me detenía en la antigua casa, llena de murciélagos, de lechuzas, de reptiles, de espanto, en suma. Una vela de estearina que siempre permanecía en el candelero ayudaba a guiarse dentro de ella, a localizar algún trasto o simplemente para echar una mirada a la humilde casa que cobijó mi infancia. Un silencio que parecía hacer ondas, que parecía hablar, llenaba la casa abandonada. Un noche, tras una larga y penosa jornada, me detuve en Rancho Nuevo, que así se llamaba. Prendí la candela. El pavoroso silencio se iluminó, se agazapó en los rincones. Deshojé

ANTONIO URBANO M.
"EL GREMIO"

Teléfono 2157
Apartado 470

Almacén de Abarrotes
al Por Mayor

San José, Costa Rica

unas mazorcas, las desgrané en un morral y salí al potrero próximo en busca de una bestia remuda. Mientras estuve fuera, tal vez el aleteo de un mirciélagos o una racha de viento, o uno de los reptiles que he dicho, tumbó la vela sobre la imagen de la Divina Providencia, de suerte que al volver la encontré a medio quemar. No sé de dónde diablos me vino un deseo de reír y reí con una risa vengativa: reí de ver la imagen que tanto me espantaba, convertida en una tabla ahumada.

Montado en mi caballo continué el camino y nunca vi a Dios más grande, más lleno de estrellas, más dulce de rumores, más cerca de mí que aquella noche.

Cantaban los pájaros nocturnos un canto que nada tenía de queja, sino de alabanza, temblaban las estrellas en el cielo y la luna, una mínima isla solitaria, flotaba entre nubes de plata. El mar, entonaba un canto placentero. Y yo caminaba, sin otra meta que el amanecer, para poder mirar la salida del sol que supuse más claro que nunca, más lleno de bendiciones.

Andrés HENESTROSA.

*

Mi querido don Joaquín:

Entre los escritores mexicanos de la hora presente, Andrés Henestrosa tiene el secreto de la tierra y el valor humano indispensable para hacer de él una especie de milagro. Su libro *Los hombres que dispersó la danza* es uno de los tesoros de la literatura indígena. El relato que ahora le envío —posterior a esa obra— le dirá a usted y a los lectores de *Repertorio* qué tremenda sinceridad hay en este joven centauro que escribe desde la ciudad como si estuviera en una montaña, y tan fuerte para decir lo suyo que los oídos hipocritones huyen des-pavoridos, incapaces de aguantar la descarga que les lanza un guerrillero de la palabra.

A. C. P.

MARCO TULIO ZELEDON

Abogado

Atiende la representación de casas extranjeras, la inscripción de marcas de fábrica, y toda clase de asuntos de su profesión.

Dirección Postal: Apartado 1403

San José - Costa Rica